

en: Cuicuilco Revista de la Universidad autónoma
de Puebla, 19, UAP, México, pp. 94-98

de la quesadilla al taco: un mito mexicano

graciela alcalá y
juan-pedro viqueira

En un artículo reciente Gabriel Zaid invita a los intelectuales a conectar experiencias y lecturas; estas páginas son una respuesta a su llamado. Resultan pues de observaciones y lecturas que un día hicieron en nosotros cortocircuito y se alumbraron las unas a las otras.

La idea que guía estas páginas surgió cuando quisimos dar una explicación a un hecho que todo aficionado a las fritangas callejeras en México habrá podido observar: siempre son mujeres las que expenden las quesadillas y hombres los que se ocupan de los tacos. Esta estricta división sexual nos intrigó sobremedida. Aparentemente este hecho no parecía explicable por razones relacionadas con la situación de inferioridad de la mujer en la sociedad mexicana: si algunos hombres permitían que sus mujeres vendieran quesadillas ¿por qué no les permitirían vender también tacos? Y sobre todo ¿por qué los taqueros no podrían expender quesadillas?

Cediendo a un pensamiento bastante pragmático, relacionamos este fenómeno con los horarios de trabajo de cada una de las actividades: las quesadillas cierran más temprano que los tacos, por lo tanto las mujeres que deben regresar temprano a su hogar, no pueden dedicarse a los tacos. Esta explicación no era nada convincente ya que hay puestos de tacos que cierran en la tarde y otros de quesadillas que permanecen hasta las diez de la noche en las afueras de algunos supermercados. Además por este camino no se podía aclarar por qué los hombres eran incompatibles con las quesadillas. Por el contrario, es más bien la división sexual la que podría explicar los horarios de cada una de estas actividades.

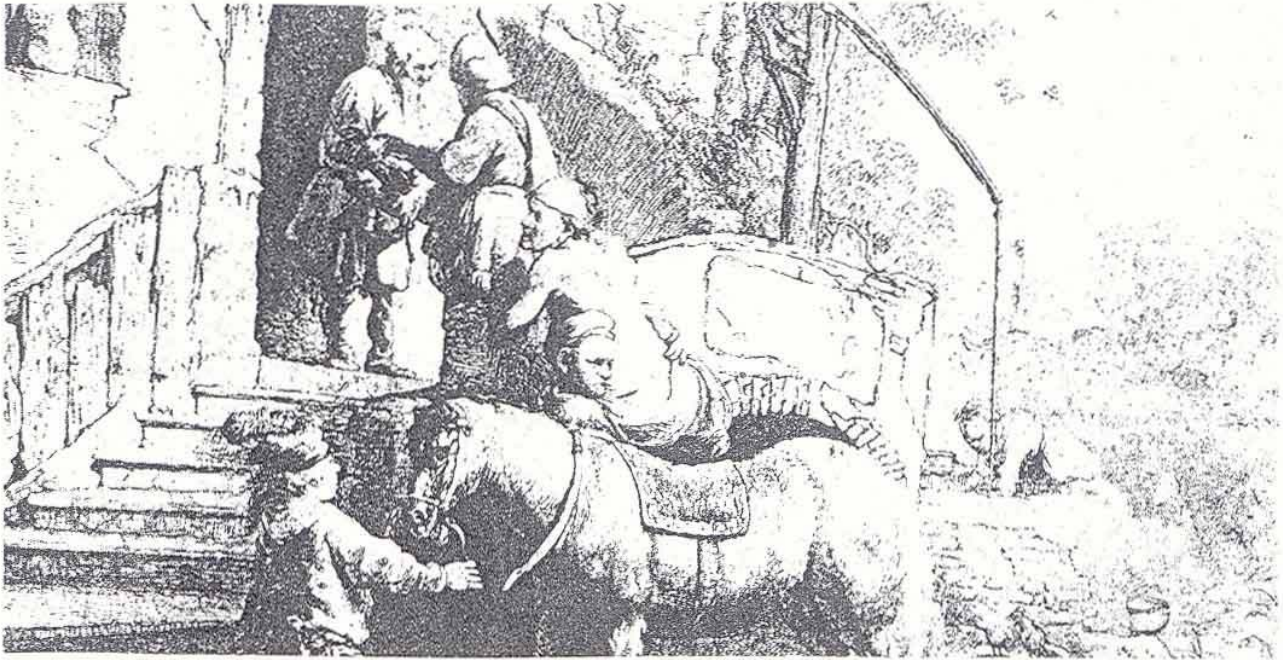
La búsqueda de excepciones nos dio algunas pistas: algunas quesadilleras expenden también tacos dorados hechos con productos guisados (frijol, papa, carne deshebrada, picadillo, etc.) mientras que los hombres que trabajan no en la calle sino en locales permanentes generalmente destinados a clientes de

las clases medias (La Parrilla Suiza, La Lechuza, etc.), preparan quesadillas. Ante esta última excepción, uno de nosotros, amante de las quesadillas callejeras, protestó: "Estas quesadillas no tienen nada que ver con las que preparan las señoras: las de ellas se hacen con masa cruda en las que se insertan los guisos o el queso para luego freírse, mientras que las de las taquerías son simplemente tortillas con queso. No tienen nada que ver las unas con las otras."

Ya para entonces estábamos cerca de la respuesta.

Intentamos precisar más nuestra observación inicial: ¿no habría hombres en los puestos de quesadillas, sopes y tlacoyos? Sí. A veces. Pero entonces eran los encargados de los refrescos y nunca guisaban ni tampoco cobraban, a pesar de que la higiene más elemental lo recomendaría así (tal vez porque dinero que cae en manos de ellos, no reaparece jamás). De igual forma los taqueros callejeros se hacen acompañar a menudo de jóvenes aprendices, algunas veces de sus hijos varones, y otras —aunque más excepcionalmente— de sus hijas, que en este último caso sólo cobran y no interfieren para nada en la preparación del alimento. La otra excepción que resultó decisiva fue la de las modernas taquerías. En algunas de ellas (Los Panchos, La Lechuza, etc.) hay mujeres que intervienen en el proceso de preparación de los tacos pero esto es debido a que, por un refinamiento gastronómico, las tortillas son hechas en el restaurante mismo y entonces son ellas quienes las hacen. Ahí estaba el secreto de la producción de antojitos mexicanos: el hombre no puede transformar el nixtamal en tortillas o quesadillas. ¿Sería entonces éste un tabú que atraviesa todas las clases sociales, un mito arraigado en las estructuras de la cultura de esta tierra?...

Lévi-Strauss ha mostrado cómo la división sexual del trabajo y el incesto son fundantes de la sociedad humana al obligar a la interrelación de los seres humanos, primero un sexo con otro, y luego una



El buen samaritano. No. Cat. 67. No. INV. UAP-040-40.

“familia” con otra. En todas las sociedades existen diversas actividades vedadas para cada uno de los sexos que obligan al hombre y a la mujer a aliarse para así practicar entre los dos todas las actividades necesarias para la sobrevivencia sin violar ninguna regla social que los coloque fuera de la comunidad.

No es ninguna novedad indicar que, en términos generales, la preparación de los alimentos es una función primordialmente femenina. Lo importante es que dentro de esta labor existe una jerarquía en la preparación de los alimentos, que se ordenan de menos a más femeninos, hasta llegar a la preparación de las tortillas que, de acuerdo a nuestra suposición, es inseparable de lo femenino. Pensemos que en un principio, en las sociedades prehispánicas, tal como ocurre aún en buena medida en las regiones más pobres del campo, la preparación de los alimentos se reduce casi exclusivamente a la preparación de las tortillas. La domesticación del maíz por el hombre en Mesoamérica marca el inicio de sus civilizaciones, de sus primeras costumbres, y por lo tanto, como dice Pascal, es su “naturaleza”. Las demás plantas, y con ellas los demás alimentos que provienen de ellas, son resultado de un desarrollo posterior.

Como es sabido muchas culturas relacionan a las mujeres con la naturaleza y al hombre con lo social. Es por lo tanto lógico que en México los alimentos “civilizados” tengan una carga menor de femineidad y por lo tanto los hombres puedan adueñarse más

fácilmente de su preparación. Mientras que la transformación del maíz en tortillas —el alimento original— no puede ser realizado sin grave peligro por los hombres.

Esta labor no sólo se halla enraizada en la naturaleza sino que también, por una relación común a muchas culturas, tiene un carácter sagrado, divino: ¿No hicieron acaso los dioses, después de varios intentos fallidos, al hombre de nixtamal?...

La mujer, al trabajar el nixtamal, retorna a su ser salvaje, al origen de la sociedad y de los hombres, para revivir el proceso sagrado de creación de la vida (sólo la mujer puede crear vida nueva) y reconstruir una vez más al hombre con las tortillas, sin las cuáles dejaría de existir, de ser. Es natural que los hombres, representantes de la civilización, se mantengan alejados con sagrado temor, de tan peligrosa reencarnación de lo divino-natural.

De ser esto cierto, los mexicanos no han podido, ni siquiera los más “modernizados”, expulsar de su mentalidad este mito y este tabú. Siguen prohibiendo a los varones (en contra de las necesidades materiales) elaborar en los puestos de antojitos, quesadillas y tlacóyos.

Un curioso documento del siglo XVIII viene a apoyar la suposición de que la elaboración del nixtamal es un trabajo exclusivamente femenino; el virrey, informado de las muchas mujeres que trabajan en el Hospital Real de Naturales de la ciudad de México, escribe al administrador de éste manifes-

tándole su inquietud de que del constante “comercio de hombres y mujeres” pueda “resultar algún inconveniente perjudicial a las conciencias”.

El administrador, además de indicar que siempre “se tiene el vigilantísimo cuidado de que cada uno de ambos sexos guarde aquella compostura y regular modestia que pide. . . la gravedad del asunto”, explica que todas estas mujeres son indispensables para la buena marcha del Hospital, ya que son “más dóciles, más puntuales y más acomodadas” que los varones; en la despensa, quién sino ellas tendría “la paciencia y natural sujeción” para surtir día y noche todo aquello que hace falta; en la colchonería trabajan tanto como los hombres y además son “más manejables y más sufridas en las impertinencias”; en la cocina, en donde hay que preparar con mucho esmero el alimento de los enfermos, ningún hombre pondría “el cuidado que por lo regular tienen en este punto las mujeres”. Pero cuando dentro de este repaso de oficios que desempeñan las mujeres en el Hospital el administrador llega a la atolería se acaban las largas y ponderadas explicaciones y despacha el asunto con una seca frase: “En la atolería ya me persuade que siendo oficio propio de las mujeres el hacer atole y tortillas, no es tan reparable el que ellas lo hagan, y no los hombres”. ¿Para qué tendría el administrador que argumentar larga y cuidadosamente una evidencia reconocida por todos?

Volviendo a este siglo, recordamos una vez que un antropólogo-hombre, en trabajo en el campo, pidió a unas campesinas que estaban haciendo tortillas que le enseñaran a tortear la masa. Su ruego no fue negado, pero todos sus inútiles intentos de darle forma a un trozo de nixtamal fueron acompañados por risitas nerviosas de todas las asistentes. A los pocos días una campesina de éstas le dijo que él era un hombre totalmente distinto de los demás. ¡Sin duda alguna tenía razón! Para ella, no sólo debía ser de otra clase social u otro país ¡sino seguramente de otro mundo!

En la infame película *Las Ficheras* se narra la historia de un padrote conocido por sus habilidades sexuales quien de pronto atraviesa por una crisis de impotencia total; su siquiatra descubre que recobra la energía sexual cuando escucha aplausos. ¿Qué va a hacer el padrote para recobrar la sumisión de sus protegidas? Lo lógico (pero ésta es una lógica occidental que no tiene cabida aquí) sería que consiguiera una grabación de aplausos para ponerla mientras hace el amor. Pero no: ¡contrata a varias mujeres que tortean nixtamal! y las mete en el baño mientras se libra con sus amantes a sus hazañas sexuales. Si la mujer hace lo suyo y se fun-

de así en su femineidad, el hombre tiene necesariamente que recobrar su virilidad.

La modernidad tiende a borrar (tal vez peligrosamente) la división sexual del trabajo y a acabar con las prohibiciones que atañían antes a los sexos. Los hombres hoy día pueden cocinar sin ser mal vistos. Y cuando por necesidades económicas deben hallar algún trabajo, pueden preparar tacos de maza, de suadero, al pastor, etc., pero no pueden dejarse empantanar en la masa mortífera del nixtamal. El rechazo mezclado con cierta atracción (ligada a su carácter femenino) que produce el nixtamal sobre el hombre sólo es comparable con el rechazo-atracción que se encuentra en el mito de la vagina dentada. Este mito existe en México: nos fue narrado por una campesina de Morelos: “Existía una mujer muy holgazana que cuando su marido se iba a trabajar al campo, se volvía a tirar sobre el petate y se dormía. (No se ponía pues a hacer las tortillas).

“Mientras dormía, una serpiente se introducía en su vagina y le hacía el amor. Luego, como recompensa, le dejaba colgando en la pared unos pescados. (La pesca, recordemos, es una actividad fundamentalmente, sino es que exclusivamente, masculina).

“La mujer al despertar hallaba los pescados colgados en la pared, y como no tenía tiempo de preparar otra cosa (las tortillas), freía los pescados rápidamente, justo a tiempo para servirlos a su marido que volvía del campo.

“Finalmente éste, intrigado por el origen de los pescados, decidió vigilar a su mujer. Una mañana se escondió y observó la escena cotidiana. Pero al ver que la serpiente se acercaba peligrosamente a su esposa, salió bruscamente de su escondite. La serpiente asustada se refugió en la vagina de la mujer y permaneció ahí. El hombre alarmado por la situación llevó a su esposa a la curandera del pueblo, quien dio este remedio: pidió al hombre que visitara con sus ropas más hermosas a la mujer y la dejara sola al borde del camino.

“El esposo hizo lo indicado y al poco tiempo de estar sola la mujer, como era de esperarse, un hombre que pasaba por el camino, fascinado por el encuentro, la sedujo. Pero en el momento en que se disponía a hacerle el amor, la serpiente le mordió su sexo. Acto seguido, ésta abandonó su refugio y huyó.

“La mujer, escarmentada, regresó a su hogar y nunca más volvió a holgazanear”.

Vemos aquí que la mujer, al dejar de realizar las labores esenciales que la hacen femenina, es decir,



Jeanne d'Autriche Grande Duchesse de Toscane. No. Cat. 4. No. INV. UAP-I-004-4.

en este caso, cuando deja de hacer tortillas, se transforma en un monstruo de vagina dentada.

Vale la pena anotar que este relato nos fue narrado con las mismas risitas nerviosas que acompañaron los intentos frustrados del antropólogo por tortear el nixtamal.

Volviendo a la película *Las Ficheras*, podemos decir que si las mujeres se ponen a tortear, dejan de ser vaginas dentadas y el hombre puede recobrase de su impotencia (muy explicable si las mujeres holgazanean).

Si cuando una mujer al dejar de ser femenina por no hacer las tortillas se transforma en un monstruo de vagina dentada, ¿qué será del hombre que haga con sus manos las tortillas? . . . ¿a qué criatura terrible no dará lugar?

Al parecer hemos encontrado la clave que explica por qué los hombres nunca hacen quesadillas o tlacoyos en los puestos de comida, pero seguimos sin saber por qué las mujeres no preparan tacos.

Esta prohibición no parece estar relacionada con el taco en sí, sino más bien con su contenido. Ya hemos señalado que las mujeres sí preparan y venden en las calles tacos de guisados (o de tingas), ya sea dorados o de canasta. La prohibición parece ser específica de los tacos al pastor, de carnitas, de suadero y al carbón. ¿Este tabú no estará tal vez relacionado con el hecho de que para la preparación de estos tacos hay que cortar grandes trozos de carne en público? No parece imposible si pensamos que tampoco hay mujeres carniceras en México, aunque en todos los mercados podemos observar la excepción de mujeres que descuartizan pollos.

Ya que no había en la sociedad prehispánica grandes animales domésticos, hay que suponer que este tabú, a diferencia del anterior, tiene un origen europeo. De hecho el sociólogo alemán Max Weber en su libro *Historia Económica General* señaló, un poco de pasada y con cierta imprecisión, la existencia de esta prohibición diciendo que dentro de la división sexual del trabajo que se daba en las primeras sociedades, al hombre le correspondía la preparación de la carne. (De hecho la preparación del asado sigue siendo un asunto de hombres.) Esto se explica, según Weber, porque su consumo tenía un carácter ritual y se efectuaba sólo en orgías inicialmente reservadas a los hombres; la mujer tenía que conformarse con los restos. (¿De estos restos propondrán los guisos y las tingas?)

Una antropología del taco en México, que urge construir por el papel cada vez más importante que desempeña este alimento en la vida cotidiana del mexicano urbano, debería incluir este enigma entre sus problemas a resolver. Esta antropología debería precisar exactamente cuál es el acto-tabú que afecta a la mujer y que interviene en la preparación de ciertos tacos, y explicar su origen.

Volviendo a la relación maldita que existe entre el hombre y la transformación del nixtamal en tortillas o quesadillas, y relacionando este tabú con las prohibiciones que atañen a uno y otro sexo y que fundamentan la sociedad al obligar a los seres humanos a unirse un sexo con el otro, ¿no podríamos decir que el mito que prohíbe a los hombres hacer tortillas es un mito fundante de nuestra sociedad, un incentivo todopoderoso para que el hombre busque a una mujer, sin la cual no podría alimentarse?

De ser esto cierto no habremos hecho otra cosa más que descubrir una evidencia, un lugar común, que todo mexicano conoce y que expresa en el dicho tan popular que dice:

“Todo hombre necesita una mujer que le eche las tortillas” . . .